

sable, y usaba cigarrillos muy gruesos de elaboración especial, que sostenía constantemente con unas tenacillas de plata, ó pequeñas boquillas.

Era apasionado de la literatura y conocía á fondo nuestros clásicos y nuestra edad de oro del arte. En sus cortas temporadas de vacaciones, escribía bellísimos trabajos literarios. Aun parece que lo veo, con qué fruición consignaba en las cuartillas, en poéticos y correctos párrafos, sus recuerdos de Andra María de Aramayona, á cuyo apartado valle profesó siempre predilecto y especial cariño.

.....

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

.....

GUERNIKAKO ARBOLA



¡Iparraguirre!, tu nombre de indeleble memoria está grabado en el corazón de tus compatriotas, los euskaros, que ven en tí el último bardo que recorriendo la hermosa Euskaria del uno al otro confín, ha sabido cantar con frases melódicas de sublime inspiración estrofas sentidas, y con fuego heróico las glorias de nuestros padres, con tristeza las amarguras del presente, y y con alegría la esperanza del porvenir.

¡Iparraguirre!, tu *Guernikako arbola* no es solo tuyo, es también hijo de los sentimientos del pueblo bascongado.

Este, aherrojado y esclavizado gemía bajo el yugo de tiránicas cadenas, y violadas sus sacrosantas libertades sentía ante la presencia de sus opresores y verdugos, mil encontrados sentimientos de desesperación, rabia, tristeza y desconsuelo. Vagos é incorpóreos esos sentimientos flotaban sobre el pueblo euskaro envolviéndolo en un silencio funerario, hasta que tú apareciste y con genial inspiración, con ese don divino que Dios en buena hora te dotó, supiste dar forma á lo incorpóreo: y con frases musicales de expresión heróica, y poesías de amor patriótico desbordante, levantaste el espíritu decaído, el ánimo abatido de un pueblo noble y valeroso, que á los acordes del himno

santo irguió su frente y se preparó á la lucha, lucha que será eterna mientras un soplo de vida mantenga un pecho bascongado.

El *Guernikako arbola* es la expresión del pasado, lo es del presente y lo será del porvenir.

Cuando ausentes de la patria largos años y anhelosos de tornar á la tierra amada, oímos las inspiradas notas del querido himno, nuestra fantasía impulsada por íntimos deseos nos hace ver allá lejos, pero muy lejos, montañas cubiertas de hermosos robledales, valles pintorescos cruzados de caprichosos arroyuelos, romerías y costumbres sencillas de las que conservamos apenas un leve recuerdo.

Si ausentes del hogar paterno, los que en lejanas tierras estamos, y escuchamos el zortziko predilecto, nos parece vislumbrar, allá, del otro lado del mar, en la falda de una agreste montaña, un blanco caserío y en su hogar dos pobres viejos que tristes y pensativos esperan con ansia la vuelta del hijo querido que se ausentó.

Cuando un basco esté (donde esté) oye cantar las inspiradas estrofas de su *Guernikako arbola*, un sentimiento extraño lo agita, su mirada se anima, su patriotismo se acrecienta, bebe, por decirlo así, el fuego del amor á la patria, é impulsado por un movimiento interno que sería imposible describir, se descubre, sus labios se mueven, y conmovido y en muchas ocasiones con lágrimas en los ojos, acompaña su canción predilecta, preso su ánimo de exaltada emoción.

Es más; así como en la antigüedad los mártires del Cristianismo descendían á la arena del circo, y en ella, fijas sus miradas en el azulado cielo, entonaban las plegarias que la religión les enseñaba mientras las fieras desgarraban sus entrañas, así también los bascos, saben morir cantando el *Guernikako arbola*, la sagrada canción que sus madres murmuraban al mecer sus cunas.

T. DE O.

Buenos Aires, 1893.

